
LA REVOLUCION Y EL PERONISMO



JOHN W. COOKE

**LA REVOLUCION
Y
EL PERONISMO**

JOHN W. COOKE

1968

Ediciones A. R. P.

P R E S E N T A C I O N

Este trabajo fue escrito hace casi un año. Constituía un informe interno a los militantes de ARP y a compañeros revolucionarios latinoamericanos para quienes el fenómeno peronista, su realidad y potencialidad revolucionaria seguían siendo un misterio, sobre todo a partir de la claudicación vergonzosa de la burocracia frente al golpe de estado. Releído y comentado por nosotros en estos días, nos parece que conserva actualidad a la luz de los acontecimientos posteriores tales como: política desnudamente antinacional y antipopular del gobierno; conferencia de la OLAS, enfrentamiento en el seno de la misma de la línea reformista y la revolucionaria; repercusión en las bases del P.C. de la conciencia de permanentes y empecinados errores; surgimiento de la guerrilla boliviana, muerte del Ché Guevara, etc. El tiempo ha dado la razón a Cooke en sus planteos fundamentales. Por eso decidimos publicarlo sin apenas corrección alguna.

En este período oscuro y difícil en que la muerte de Ernesto Guevara, a la par que suscita un clamor unánime de congoja y admiración, crea los justificativos "sensatos" para un nuevo y desalentador retroceso, reivindicamos su camino, comprometemos en su prosecución nuestra decisión militante, nos proponemos trabajar infatigablemente con todos los compañeros revolucionarios, cualquiera sea su origen, que mínimamente coincidan con los lineamientos principales de este trabajo.

Para la revolución latinoamericana en general y para la argentina en particular la muerte del Ché es un golpe durísimo. Al mismo tiempo, para los jóvenes que hoy despiertan a la política, el comité está muerto, también las falsas ilusiones populistas; el impactante y monumental ejemplo del Ché los conmueve y los impulsa. A esos jóvenes compañeros también va dedicado nuestro trabajo. Porque la vanguardia debe hacer la revolución "para" el pueblo, y el único modo de hacerla es "con" el pueblo. Y para ello es necesario comprenderlo, trabajar para él, con él y dentro de él.

Febrero, 1968

ACCION REVOLUCIONARIA
PERONISTA

CAPITULO I

1. **El peronismo es el hecho maldito de la política del país burgués.**

El "falso dilema" peronismo-antiperonismo ha sido eliminado con drasticidad castrense: se lo borró de la superficie. Pero sabemos que el "falso dilema" no es entre partidos políticos sino entre fuerzas sociales. Con la supresión del peronismo se liquida la voz de las fuerzas del proletariado y demás sectores populares; con la supresión de los partidos clásicos no se suprime la voz de la burguesía, de los empresarios nacionales y extranjeros, que no tienen ningún interés en la política partidista y sí en la política económica del Estado, donde no solamente se les escucha sino que el Estado les pertenece.

El gobierno en manos de políticos era difuso, las influencias se entreveraban; en cambio ahora, los elencos técnico-ministeriales salen de las fuerzas empresarias.

Es que nuestro sistema capitalista no está en la juventud previa a la maduración del desarrollo armónico y autoimpulsado, como dicen sus economistas, sino que está decrépito sin haber pasado por la lozanía. Se le puede hacer caminar algo mejor, desarrollar tales o cuales sectores aislados, pero no crearle un porvenir de juventud y vigor. Las burguesías adelantadas que impusieron en sus países la democracia liberal eran clases de vanguardia en esa época, y su hegemonía no se basaba solamente en el poder económico que les aseguró el manejo del Estado, sino que también impusieron su concepción del mundo a toda la sociedad; contaron con el consenso general para sus sistemas ideológicos y político-sociales. En la Argentina, esas instituciones las impuso una oligarquía portuaria comercial y terrateniente, al margen de la voluntad del pueblo: le faltó el requisito de la universalidad, que hace de una clase la expresión en un momento histórico, de la sociedad en su conjunto. Su política no estaba trazada en función del país como unidad sino de la parte de la pampa húmeda que se fue incorporando a la producción con destino al comercio exterior, formando un circuito con los centros industriales europeos.

Recién en 1880 se completó la integración del país como unidad nacional, aunque dentro de los moldes impuestos por la complementariedad semicolonial con el imperialismo inglés. Así fue como la burguesía comercial y terrateniente nunca aplicó el sistema democrático-liberal (y sí el liberalismo económico), y buscó suprimirlo las dos veces que funcionó, por medio de los golpes reaccionarios de 1930 y 1955.

A partir de 1945, el país realizó, bajo el liderazgo de Perón su proceso democrático-burgués, aunque en forma indirecta, como imposición de un frente antiimperialista cuya base de apoyo estaba en la clase trabajadora, sectores de la clase media y el sector nacionalista del ejército.

Cuando desaparecieron las condiciones de la gran prosperidad de post-guerra, y se cerró el ciclo de ingreso nacional creciente, se agudizó la lucha de clases. Pero las contradicciones ya no se dieron tajantemente entre dos frentes tal y como se constituyeron en 1945, sino también en el seno del peronismo entre el ejército, partidario de la industrialización pero no de la política social demasiado avanzada, y la clase obrera, que al fortalecerse tendía a radicalizar al movimiento, entre la burguesía, que había progresado con el régimen y ahora deseaba aumentar las cuotas de plusvalía y buscar acuerdos con el imperialismo, y el proletariado que defendía su salario y las tendencias progresistas de nuestro Movimiento; entre los burócratas, que trataban de "consolidar las conquistas", y la corriente popular, que se oponía a la pérdida de la dinámica renovadora.

Lo que en 1945 había sido una concentración de poderío mediante la amalgama de fuerzas diversas, se transformó en causa de nuestra debilidad, cuando éstas tendieron a chocar. En lugar de aquella unidad existía una dispersión que se disimulaba por el liderazgo de Perón, aceptado sin reservas por la clase trabajadora y con apatía creciente por los otros sectores de nuestro Movimiento, hasta convertirse en simulación a la espera de la oportunidad para defeccionar. Durante bastante tiempo el prestigio de Perón evitó las colisiones; pero aunque podría absorber esas contradicciones, no las suprimía; algunas aparecieron a la luz en los momentos previos al golpe de septiembre del 55, otras después de la caída. El desequilibrio era ya ostensible y el frente estaba desarticulado.

Eso explica porque el Peronismo, los peronistas, seguimos siendo el hecho maldito de la política argentina. La cohesión y empuje de nuestro Movimiento es la de las clases que tienden a

la destrucción del statu-quo. Pero la ideología del Movimiento no está en correspondencia con ese papel objetivo y concreto dentro de la sociedad argentina. Es que le correspondió, como dijimos, realizar el proceso de transformaciones que permitiría la expansión de las fuerzas nuevas que estaban constreñidas por los moldes de las viejas estructuras que se perpetuaban cuando ya habían desaparecido las condiciones que les dieron origen.

Esas peculiaridades de nuestro desenvolvimiento económico, deben tenerse en cuenta para comprender nuestra ambigüedad, la forma de alineamiento de nuestras clases sociales y el factor esencial de la realidad política argentina: el Peronismo.

El Peronismo no es la maravilla de los siglos, como por momentos hemos parecido creerlo muchos de sus militantes, ni el partido revolucionario tal como se lo concibe desde el punto de vista del marxismo. Pero tampoco es un partido de la burguesía ni una alienación de la clase trabajadora tal como lo concibe un izquierdismo pueril que adjudica a un proletariado ideal ciertos niveles teóricamente determinados y luego los toma como pautas para juzgar al movimiento obrero concreto.

Para no alargar el análisis: el Peronismo fue el más alto nivel de conciencia a que llegó la clase trabajadora argentina. Por razones que sería largo explicar aquí, el peronismo no ha reajustado su visión y sigue sin elaborar una teoría adecuada a su situación real en las condiciones político-sociales contemporáneas. Los peronistas en conjunto no hemos llegado aún a comprender que ese déficit es el que nos costó la caída del gobierno y que mientras persista no nos será posible llevar a cabo seriamente y con éxito la toma del poder. Por eso es que hemos sido formidables en la rebeldía, la resistencia, la protesta; pero no hemos conseguido ir más allá porque, como alguna vez lo definimos —con gran indignación de los adoradores de mitos y de fetiches— seguimos siendo como Movimiento, un gigante invertebrado y miope.

2. Sin conocer al peronismo, la política revolucionaria es una abstracción.

El Peronismo es, para bien y para mal, la fuerza que nuestra realidad social ha originado como oposición al régimen, como oposición real, concreta, de luchas y sacrificios. Por consiguiente, es ridículo pretender impugnarle, como quieren quienes se colocan más allá o por encima de él, porque aunque hagan gala de

de ellos es parte del deterioro del régimen burgués argentino, que acarrea el debilitamiento de las formas tradicionales de unificación y exigió que los militares, dispuestos a desalojar un poder civil inocuo, buscasen algún tipo de compromiso que neutralizase, en lo posible la oposición de masas, por lo menos en los momentos iniciales. El otro deriva de fallas internas de nuestro Movimiento.

Si bien la inestabilidad del régimen y la potencialidad del peronismo son dos aspectos de un mismo proceso, en las estructuras directivas, por falta de una teoría revolucionaria y la consiguiente política de poder, se ha acentuado de más en más la burocratización, la "institucionalización" de una capa de dirigentes políticos, gremiales, influyentes, etc., que no enfrentan al régimen globalmente sino que dentro de él conciben su estrategia (golpismo, frentes electorales, reencuentro del pueblo y del ejército) y, por consiguiente, allí buscan apoyo. Y en lo posible, tanto para esa "participación" en el poder, cuanto para respaldo en las posiciones sindicales, las FFAA son un factor decisivo de la política nacional hacia el cual se tienden los puentes del acercamiento.

El resultado de esa postura dual es que el régimen integra a los burócratas en forma diversas que van desde someterlos al "terrorismo ideológico" y tenerlos cada cinco minutos aclarando que no son comunistas, hasta inspirarles pautas de conductas para ser reconocidos como personas serias, responsables y sin el pensamiento alborotado por apocalipsis revolucionarias. Pero por razones morales aparte, por lo mismo que el peronismo es incompatible con el régimen, la expresión de su crisis insoluble, esas tácticas oportunistas no podrán cumplir con el designio de incorporarnos a él; a lo sumo le darían una prórroga, pero a costa de declinar nuestro papel como expresión política de las masas. Que la burocracia ignore los antagonismos fundamentales de la sociedad argentina actual y se desplace hacia los conflictos secundarios entre las fuerzas de la superestructura del régimen, no significa que también va a desplazar contracciones que son parte de la realidad objetiva y que sólo momentáneamente pueden dejar de repercutir en la conciencia de la clase trabajadora.

De la contradicción peronismo-antiperonismo, el gobierno ha suprimido uno de sus términos. Pero lo ha suprimido como fuerza organizada, como agrupamiento político con cierto margen de legalidad. El antagonismo que así se expresaba no lo puede suprimir ninguna cantidad de poder militar; apenas ciertas maneras en que se exteriorizaba.

En la Argentina, el régimen no puede dar soluciones y la crisis es permanente, pero no por eso ha caído ni está próxima su extinción; cuenta con fuerza como para seguir en ese estado durante muchísimo tiempo. Su fin no depende sólo de las condiciones objetivas en que se desenvuelve sino de las condiciones subjetivas que se vayan creando en sus víctimas, vale decir, del desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, y la existencia de vanguardias que pueden estimularlas. Por lo pronto lo que se les quiere presentar como un nuevo régimen, no es más que un reacondicionamiento del régimen tradicional para adaptarse a la etapa actual. Sin embargo la contradicción régimen-peronismo, es de tal hondura que no admite bases de conciliación, a pesar de quienes piensan que estas luchas son confrontaciones de ideas puras o de ambiciones de hombres o grupos de hombres.

“...como era lógico esperar, ha debido triunfar la idea de una revolución activa, aunque sea violenta, porque en estos momentos, un revolucionario pacifista, resulta algo así como un león herbívoro”.

JUAN DOMINGO PERON

Agosto de 1967

(Comentario acerca de la 1ª Conferencia
de la O.L.A.S.)

CAPITULO II

QUE ES A. R. P.

ACCION REVOLUCIONARIA PERONISTA es una organización creada y orientada para luchar contra la dependencia y la explotación por medio de la lucha revolucionaria. Toda su estructura organizativa responde a esa finalidad.

ARP no aspira a crear su partido político como respaldo para la acción militar, ni es un sector militarizado de un partido político. Constituimos una organización formada con criterio selectivo en el reclutamiento de sus cuadros, que están integrados a un aparato que busca operar en todos los frentes en defensa de sus posiciones políticas, sirviendo los propósitos de la lucha revolucionaria.

Nuestra acción de superficie se cumple sobre la base del Movimiento Peronista, participando de sus luchas políticas y sindicales, influyendo para la adopción de líneas de acción correctas, eventualmente incluso a través de posiciones dentro de los organismos gremiales y partidistas, pero sujetos nuestros representantes a la política y a la conducta trazada por ARP cuando ésta se halla en contradicción —como es frecuente— con la que establecen las direcciones burocráticas.

Nos consideramos *peronistas*, parte integrante del Movimiento de masas, pero no nos proponemos conquistar posiciones directivas de tipo sindical, o político (en el sentido que político ha tenido en nuestro movimiento) salvo excepcionalmente, y como medios para desarrollar nuestra prédica y cumplir nuestros propósitos específicos en función de la estrategia de lucha que, según pretendemos demostrar acá, es la única que, aunque dura y ardua, y a largo plazo, ofrece perspectivas de llevar a su efectiva satisfacción las reivindicaciones de nuestras masas populares.

Por lo dicho más arriba, NO CONCEBIMOS LA ACCION REVOLUCIONARIA PRESCINDIENDO DEL PERONISMO, NI CREEMOS QUE EL REMEDIO PARA LAS FALLAS QUE LE HEMOS SEÑALADO CONSISTA EN FORMAR NUEVOS PARTIDOS, QUE SI ESTUVIESEN, TAL VEZ, EXENTOS DE ELLOS, TAMBIEN ESTARIAN EXENTOS DE LOS CONTENIDOS QUE HACEN DEL PERONISMO LA EXPRESION DE LA CLASE TRABAJADORA ARGENTINA. Con lo cual, no estamos negando importancia —todo lo contrario— a los vicios del peronismo, sino sosteniendo que no desaparecerán porque otros nucleamientos se postulen para el relevo, sino como avance del

propio caudal humano nucleado bajo sus banderas. EL PERONISMO EXPRESA LAS LIMITACIONES DE NUESTRA PROPIA SOCIEDAD NACIONAL Y ENCIERRA LAS POSIBILIDADES EN ESTE PERIODO, DE SUPERARLAS COLECTIVAMENTE.

Así como no concebimos la revolución sin el peronismo —en cuanto a movimiento de masas y no en cuanto a estructura político sindical actual— tampoco creemos que sea misión que nos incumba exclusivamente a los peronistas. Lo que define la calidad exigida para la militancia a la altura de los requerimientos de esta etapa del proceso de liberación nacional argentino, es la condición de revolucionario. Y así como rechazamos las falsas “unidades amplias” que pretenden unir grupos e intereses no sólo heterogéneos sino también contrapuestos, antagónicos, rechazamos la sectarización que muchos pretenden imponernos a los peronistas. Y negamos toda división secundaria. La calidad de revolucionario significa para nosotros coincidencia en los objetivos de liberar el país del imperialismo, liquidar su régimen social clasista y construir el socialismo y coincidencia en que esas aspiraciones sólo pueden lograrse mediante la acción armada, promovida por la vanguardia y llevada a término por las masas populares.

Somos PERONISTAS, actuamos en el seno del movimiento de masas, y no diferenciados de él. El papel que durante los años de gobierno peronista me cupo así como en los años de la Resistencia posteriores a la Libertadora, como delegado personal de Perón al frente de nuestro movimiento, la lucha de nuestra compañera Alicia Eguren contra la tiranía implantada en 1955 y la difusión que tuvieron las durísimas condiciones de su largo encarcelamiento —que además de las protestas de los sectores más diversos motivaron que Perón las expusiera en un libro—, la participación en la resistencia peronista desde la primera hora de gran número de compañeros, entre los que no podemos dejar de mencionar en emocionado homenaje, por cuanto fue un revolucionario cabal, a Domingo Blajakis, asesinado a mansalva el año pasado, la combatividad de nuestros militantes más jóvenes, que se fueron incorporando con el correr de los años y participaron en numerosos episodios de la lucha ilegal peronista, son sólo algunos de los hechos que explican que, pese al terrorismo ideológico imperante, hasta la prensa imperante, aunque con aditamentos “a piacere” según la inspiración del redactor de turno, nos califique de “la izquierda del peronismo”, “castroperonistas”, “peronistas-marxistas”, etc.

La VANGUARDIA REVOLUCIONARIA ES PARA NOSOTROS LA IZQUIERDA DEL PERONISMO, y no porque nos autoconfirmamos excelsas superioridades, sino porque creemos que el proceso hacia la movilización revolucionaria de las masas se dará desde el seno de éstas. De cualquier manera, no pretendemos ser los titulares únicos de esa condición: nos basta con ser una vanguardia revolucionaria. Cualquier sectarismo en esta materia, además de pueril, es falta de buen sentido; la lucha revolucionaria será un largo proceso y poco importa cómo se denomine la fuerza en que finalmente se nuclearán todas las voluntades convergentes de la lucha liberadora.

La misión del peronismo —y su responsabilidad— de ser el eje del esfuerzo liberador es histórica y no providencial. Si no sabemos ponernos a su altura, otras formaciones vendrán a reemplazar nuestra vocación abdicada. Pero mientras tanto, así como no basta ser peronista para ser revolucionario, no se puede ser revolucionario y antiperonista. Ser antiperonista en Argentina 1968 es —sea cual sea el ropaje con que el antiperonismo aparezca—, lisa y llanamente una de las formas —no la única por cierto— de ser contrarrevolucionario.

La actitud frente al peronismo puede ser crítica hasta el extremo —la nuestra lo es—. No puede ser la de ignorarlo o desconocer sus valores. El peronismo no es una masa primitiva que necesita catequistas, ni éstos tienen títulos para erigirse en sus mentores. Los intelectuales pueden llevar el esclarecimiento a las masas pero si tienen una perspectiva adecuada para ubicarse con relación a ella. Pues los intelectuales tienen la propensión a creer que las cosas existen porque ellos las piensan y desde que ellos las piensan. Pero el peronismo no les debe nada: existía antes que ellos se diesen cuenta. Fue su presencia, precisamente, la que reveló a importantes sectores de nuestra juventud universitaria la falsedad de las interpretaciones que se infundían sobre la realidad nacional. Por lo tanto son ellos los que están en deuda con él por haberlos ayudado a liberarse de los mitos alienantes de la cultura semicolonial. Sea como fuere, el frente de liberación será sumamente amplio y en él la juventud con formación intelectual y técnica cumplirá funciones de valor inapreciables.

En cuanto a Perón, otro misterio para muchos extranjeros y para muchos argentinos, hay que recordar el papel positivo que ha cumplido en todo este período como centro de cohesión de una multitud inmensa, punto de referencia hacia el cual se han vuelto las miradas para unificar criterios en las enrucijadas de la historia de estos años. Perón es el máximo valor de la política democrático-burguesa en la Argentina, un pre-marxista que, por inte-

ligencia y por conocimiento generales sigue la evolución que toma la historia y simpatiza con las fuerzas que representan el futuro, lo cual no significa que sea en este momento el destinado a trazar una política revolucionaria, entendida como unidad de teoría, organización y métodos de lucha.

Este previo boceto no responde simplemente al deseo de completar un cuadro de nuestra realidad política, sino de fijar lo más nítidamente posible un factor que seguirá operando en el medio donde se desarrollará nuestra acción. Porque el mito de Perón perdurará.

Ese mito de su persona no es una torpe idolatría de las masas sino un síntoma de rasgos positivos. Porque los trabajadores no son imbéciles y ven que a diez años de su caída, el Movimiento no ha progresado nada hacia el poder. Pero, al afirmar su fe en Perón, al reconocerle implícitamente, una infabilidad que se da por sentada, pero sobre la cual no desea discutir, al dotarlo de condiciones excepcionales y posibilidades casi mágicas de triunfo el hombre de nuestra base no hace sino proyectar hacia el jefe lejano algo que anhela y que la sucia realidad en que se mueve no le ofrece; y, además, Perón no sólo es el artífice de la única época en que el obrero fue feliz —década que el tiempo y el drama de hoy embellece aún más la nostalgia— sino algo más importante: es el recuerdo, el símbolo, de la primavera revolucionaria del proletariado argentino, del momento cenital de las grandes conquistas sociales y las reivindicaciones nacionales. Por eso, su mito se alimenta tanto de la adhesión de los obreros como del odio que le profesa la oligarquía, no atenuado por los años porque es el reverso del amor de los humildes. Creer que ese liderazgo pueda ser suplantado por la superioridad en los planteos o por la capacidad de la conducción política es ignorar todo eso. La brillantez de Perón en la vivencia popular empalidecerá a todos los astros que se alcen en el firmamento de la lucha de la clase trabajadora.

Pero los nuevos mitos que han de ir surgiendo en la vivencia del pueblo —sin anularlo— se darán desde un plano donde no es necesario que entren en colisión con el suyo. Perón se interpone, para bien o para mal en el camino de políticos y liderazgos reformistas, no en los liderazgos que no dupliquen su papel sino que surjan como productos de nuevas formas de lucha. El pueblo no encontrará incompatibles su lealtad peronista con su adhesión a hombres y grupos del Movimiento que le abran nuevas perspectivas para continuar en la trayectoria que quedó trunca, parecería que definitivamente.

Desde la lucha armada, Perón no es y no será un obstáculo, por cuanto existe una clara y necesaria continuidad histórica entre el proceso iniciado bajo su liderazgo el 17 de octubre de 1945 con las banderas de Justicia Social, Independencia Económica y Soberanía Política, y el proceso revolucionario que hoy comienza a desarrollarse bajo otras formas de lucha pero manteniendo e integrando en un proceso superador las banderas iniciales. En el laberinto de la política a ras del suelo a que nos tienen acostumbrados nuestros burócratas, Perón parecería estar bloqueando vaya a saber qué caminos. Desde la altura de las formas superiores de la lucha revolucionaria, no obstruye nada. El pueblo se resiste a abandonar sus ídolos acreditados en el milagro, por otros no probados. Pero no a acumular la influencia de unos y otros. El prestigio de la conducción revolucionaria de esta nueva generación —como heredera y continuadora de la anterior— se cargará con el magnetismo de su antiguo prestigio, llevando, a través de esta síntesis, al pueblo, después de años de derrota y proscripción, a nuevas, gloriosas, y, esta vez sí definitivas victorias.

Al servicio de esa misión histórica se hallan dedicados los esfuerzos y las luchas de ACCION REVOLUCIONARIA PERONISTA, que pretende así ser uno de los puntos de nucleamiento, aunque no el único, de tantas voluntades dispersas revolucionarias con que cuenta potencialmente el Peronismo. Y creemos que la magnitud de la tarea justifica cualquier sacrificio en el camino a su concreción.

“Sabemos que en América Latina no por no haber sido insurreccionales fueron menos sacrificadas las luchas llevadas desafiando la arbitrariedad de tiranías sanguinarias; militancias más abnegadas aún por carecer de perspectiva alguna de victoria en el porvenir previsible. Pero creemos que eso ya ha pasado, y que si bien en determinados —y excepcionales— países hoy funciona la institucionalidad burguesa, la estrategia general sólo puede ser planteada en base a la lucha armada, con miras a una confrontación cada vez más generalizada”.

Del discurso de John William Cooke (Secretario General de Acción Revolucionaria Peronista y Presidente de la delegación argentina en la 1ª Conferencia de O.L.A.S. La Habana, agosto de 1967). En venta actualmente, solicítelo a quien le entregó este Boletín.

CAPITULO III

LA SITUACION ARGENTINA OBLIGA A REPLANTEAR NUESTRA LINEA DE ACCION

1. ¿En qué medida y cómo han variado las condiciones?

La "Revolución Argentina" tiene panegiristas y detractores que, con distinto signo exageran su trascendencia transformadora: Para los primeros, pertenece, a lo históricamente sublime y renueva totalmente, modernizándolas las estructuras económicas, políticas y sociales; según los segundos, constituye una irrupción bestial de la horda armada que destruyó los armazones de la libertad democrática, y el poder civil. Los primeros festejan la muerte de algo que sigue viviendo; los segundos se han puesto luto por la muerte de algo que nunca existió.

Producto de un estado de crisis que las FFAA se consideran capaces de resolver mediante árbitros tecnocráticos y la implantación de condiciones económico sociales susceptibles de atraer a los inversionistas extranjeros y despertar entusiasmo en los organismos financieros internacionales, el golpe de junio reacondicionó las instituciones político-estatales para ejercer el poder aplicando las modalidades y procedimientos que funcionan a la perfección en el medio castrense. El partido del régimen con verdadera capacidad de imponer su voluntad pasó a ser partido único con la suma de facultades para gobernar. Al hacerlo, pasó también a cumplir una función en el seno del bloque de las clases dominantes a que simplifícadamente llamamos burguesía, pero que no es una unidad sino una serie de clases y sectores de clases con sus propias contradicciones secundarias que desde hace mucho carecen del sector burgués hegemónico capaz de estructurar esos intereses diversos en una política de conjunto. Las FFAA son la única fuerza en condiciones de asumir ese rol hegemónico vacante.

La naturaleza clasista del régimen sigue intocada, pero su nivel superestructural ha sufrido modificaciones importantes. ¿Qué reajustes debemos hacer, a nuestra vez, en los planteos de la lucha contra el régimen? ¿Tácticos y operativos desde que no hay alteración de fondo en las relaciones de producción y solamente ha desaparecido el senderito de la semilegalidad, o de más vasto alcance?

Nuestra concepción estratégica es, hoy y siempre, la de la lucha armada, y no podía influirla en lo más mínimo este cambio al que negamos trascendencia en el cuadro general de relaciones sociales. Pero modifica fundamentalmente los aspectos prácticos y operativos de las acciones revolucionarias que deben encararse en la hora presente. Hay motivos que emanan del cambio institucional en sí mismo; otros, producto de la forma en que ese cambio incide sobre los procesos políticos y sociales por los efectos del programa económico del oficialismo. No los detallaremos demasiado, sino que enunciaremos los principales:

1) La eficacia y la capacidad real de las FFAA no ha logrado mejores resultados que la inoperancia y lentitud que el gobierno civil. Pero la diferencia de métodos parece, en cambio, manifestarse en el proceso de deterioro ante el cual ambos resultarían impotentes: antes era continuado pero lento, confuso, gradual, como la gestión de Illía; ahora es rápido, decisivo, inexorable, completo, como la expeditiva rudeza y laconismo castrense. Donde el gobierno militar encara un problema, no crece más la hierba: Tucumán, el puerto, la Universidad, etc., son logros de la política de tierra arrasada de Onganía y sus colaboradores. Los conflictos no se van arrastrando sino que se agudizan enseguida y adquieren intensidad. Nuestros burócratas de la "paz social" agitan frenéticamente la bandera blanca de la tregua, pero implacablemente las medidas oficiales los obligan a valerse de ellas en defensa de sus intereses sindicales, o de los intereses de sus bases soliviantadas. La complacencia, la blandura, la apatía, se hacen imposibles, y los corderos tienen que mostrar los dientes al cuchillo que amenaza degollarlos.

2) Se han simplificado los polos de la contradicción. Los términos del enfrentamiento se han hecho tajantes. Los viejos partidos no influyen ni sobre el gobierno que los ha desplazado, ni sobre las masas que los desprecian. Han quedado frente a frente las dos fuerzas reales: las FFAA y los intereses que se escudan tras ellas, y las masas trabajadoras. En uno y otro frente tienen que alinearse las fuerzas secundarias.

3) La eliminación de la cornisa de semilegalidad, radicaliza el choque entre los antagonistas. En ese cierre del campo del interjuego de las fuerzas sociales y políticas, desaparece la zona "intermedia" donde se desarrollan lo que para nosotros serían "acciones de superficie"; la semilegalidad diluye y retarda los conflictos, les da escapes laterales, derivados.

Ahora se presenta una disyuntiva: el acatamiento o la subversión. El que no quiere acatar —y ya dijimos que muchos quieren actuar pero no pueden porque sería acatar su propia pena de muerte— se encuentra en el terreno de los subversivos con solo oponerse con actos que normalmente son actos de la práctica pacífica y cotidiana.

EN REALIDAD, NO HA OCURRIDO OTRA COSA QUE UNA ACELERACION Y AGUDIZACION DE LA POLITICA BAJO LA FORMACION MISTIFICADA DE LA APOLITICIDAD.

Han cambiado, como se ve, las condiciones. Pero al hablar de “condiciones” no nos referimos a esas “famosas” que esperan los que se declaran partidarios de la REVOLUCION, y que nunca parecen cumplirse, de acuerdo a misteriosos sistemas de medición teórica. Las condiciones de la Argentina no han variado con el golpe militar si las consideramos en términos generales, e incluyen la proliferación de quienes han racionalizado la pasividad en nombre de una revolución que resplandece en la abstracción de futuros indefinidos y condiciones objetivas y subjetivas que siempre están más allá de las que prevalecen en el momento.

Las condiciones a que es necesario atenerse en las circunstancias concretas actuales son aquellas mínimas que permitan emprender la lucha revolucionaria proporcionada a la modestia de fuerzas de quienes la inicien pero con posibilidades de repercutir y contribuir al salto de conciencia colectivo que otros confían a la prédica y a las “acciones de masas” rigurosamente legales.

Hasta julio, al amparo de la semilegalidad, nos íbamos organizando, como muchos otros grupos decididos a la acción revolucionaria, y buscábamos ampliar nuestras fuerzas, y nos valíamos de toda nuestra gravitación para tratar de impulsar un proceso que llevase a las bases de nuestro Movimiento a presionar para que se adoptasen líneas de conducción favorables a nuestros planes de lucha.

La precariedad de nuestros medios y la magnitud de las tareas que abarcábamos, con un aparato proporcionalmente reducido, podía llevarnos a desear que perdurase sea situación de comodidad para los trabajos de superficie hasta que hubiésemos logrado un grado mayor de organización y de expansión. Pero indiferentes a nuestros deseos, los órganos con poder de decisión sustituyeron a Illía por Onganía y para ARP y el resto de los grupos revolucionarios, en situación en la mayoría de los casos

bastante similar, la facilidad por un mayor clandestinaje (aunque justo es señalar que la represión a que nos vemos sometidos actualmente es casi nula, por cuanto de hecho ningún sector de la izquierda argentina ha demostrado la suficiente efectividad para justificar el esfuerzo represivo del régimen).

2. Los criterios diversos sobre la política a seguir.

Gente menos castigada por la experiencia que nosotros, habrá pensado que la dictadura militar liquidaba la discrepancia sobre la política a seguir por la izquierda argentina. Entre los que sosteníamos que era conveniente y aprovechable la semilegalidad, pero a condición de no enajenar a ella nuestras actividades con miras a la revolución, y los que declaraban que había que morir defendiendo ese cantero semicultivado de legalidad en medio de la naturaleza de espinos represivos, cesaba el motivo de las diferencias: ni nuestro "espíritu provocativo y aventurero" causó el arrasamiento de las flores silvestres de la legalidad, ni el denuedo y la prudencia de sus defensores pudo evitarlo. No quedó semilegalidad que defender con "amplios frentes", ni puntos de apoyo para luchar por "ampliar" las "libertades democráticas".

Tuvo razón nuestro cinismo. Desde el primer momento a partir del golpe, comenzó a circular la consigna, a través de todo el aparato de difusión del Partido Comunista y sus adláteros, por la cual se volvía a propugnar el eterno "frente de amplia coalición democrática" para... esta vez luchar por la conquista de las libertades democráticas. Es decir, que ahora ese miserable retaceo de democracia y semilegalidad proscriptiva, que ya ni siquiera subsistía como punto de apoyo, se convertía en el *objetivo* de la lucha de masas conducida por su supuesta vanguardia, o sea el P.C.A.; a menos que éste, en lugar de nostalgia por ese rincón soleado de legalidad del tipo de la que Frondizi o Illía nos brindaron, se plantease la conquista integral de las libertades democráticas, tal como están inventariadas como curiosidad, en nuestra constitución; lo cual era una política más sensacional, porque las libertades políticas sólo rigieron 26 años en un total de 107 de vigencia constitucional —y, en ambos casos— los comunistas trataron de derribar, aliados a la oligarquía, a los gobiernos que surgían del proceso democrático y lo defendían (cosa que se logró con el derrocamiento de Yrigoyen y de Perón).

La lucha restauracionista tiene el factor negativo de que el PCA nunca ha acertado en nada; pero eso se contrarresta con el gran peso de varios factores que juegan en su favor.

Coincide con el Imperialismo. El fracaso del gobierno militar, a medida que se torna más evidente, ganará adeptos al restauracionismo civil en las propias filas de la oficialidad. Los partidos desplazados, sin apoyo popular, son un factor de presión importante cuando las cosas se resuelven en la superestructura burguesa liberal, donde cuentan con apoyo, amigos, influencia, etcétera. Se agregarán los activistas del golpe de junio que se vayan sintiendo defraudados porque la "revolución" no se ajusta al modelo que ellos tuvieron en vista.

Surgirá, en alas de la impotencia del gobierno, el caudillo militar con mando de tropa que busque ser la prenda de unión en la transición hacia la constitucionalidad.

La oficialidad militar, que hubiese compartido el éxito que descontaron al alzarse, se escindiría: la misión reparadora consistiría, para muchos, en volver a su "misión específica".

Las FFAA no son tan monolíticas como aparecieron en el episodio golpista. En la Aeronáutica predomina el pensamiento del catolicismo ultramontano de ultra derecha: tradicionalismo paternalista, nostalgia por las jerarquías, ética católica no preconciliar sino pre-diluviana. La Patria considerada como una mezcla de orden social, virginidad de las mujeres, anticomunismo, y cada uno ocupando el "lugar que le corresponda".

La Marina es extremista del otro costado, es liberal al estilo clásico de la Inglaterra Victoriana. Pero el apoyo a los mitos liberal-burgueses compagina perfectamente con el aristocraticismo de la minoría selecta y con las medidas de escarmiento sanguinario contra los peronistas y otros herejes, que no tienen derecho a la democracia porque no son democráticos.

Además la Marina formaba el eje con los gorilas "colorados" derrotados en septiembre del 62, y luego en el enfrentamiento cruento de abril de 1963, que afianzó al grupo "azul": Osiris Villegas, Onganía, Pistarini, López Aufranc, y los restantes personajes del actual elenco. Después de eso, el ejército mantuvo siempre a la Marina prácticamente en total inferioridad de condiciones en cuanto a potencial bélico.

Aunque beneficiaria del fraude consumado por los "azules", la UCRP ha sido siempre amiga de los "colorados", a quienes Illía trató de injertar en altos mandos militares, sin conseguirlo; cuando, mediante una treta, descabezó al azulato forzando la renuncia de Onganía como Comandante en Jefe, selló su propia suerte: después de una guerra de nervios que duró varios meses, los militares lo sustituyeron en la presidencia por Onganía.

La Marina, que guarda un redoblado rencor al grupo dirigente militar, NO ERA PARTIDARIA DEL GOLPE. El 17/5, el jefe de Operaciones Navales, Alte. Benigno Varela, fijó la posición legalista del arma, que ratificó al Consejo de Almirantes el 8 de junio. Lo cual no impidió que el propio Varela integrase el triunvirato que asumió el poder "constituyente" diecinueve días más tarde. En un discurso del 11 de julio, Varela citó el que pronunciara el 17 de mayo como demostración de que la participación golpista era consecuente con el mismo; pero la verdad es que lo contradice totalmente. Lo que pasó fue que, no pudiendo gravitar en la decisión golpista del Ejército, los marinos no quisieron quedar marginados y se plegaron. Pero han recalado bien que no son co-responsables de la gestión administrativa del nuevo gobierno, que tendrá en ellos a los más enconados críticos y a los puntales del retorno a la Constitución en cuanto esa corriente llegue a tomar cuerpo.

Para propiciar el fin de la experiencia militar se contará con los mismos mecanismos de propaganda que funcionaron en favor del golpismo. Y con la inercia popular obrando en sentido del retroceso a la semilegalidad: ésta ya no será juzgada como comparación con las maravillas anunciadas por los gestores del golpe, sino que saldrá resplandeciente del cotejo con la estupidez y la tristeza de los utopistas de mano dura que hoy gobiernan.

Como siempre, el país se verá abocado así a disyuntivas entre dos posibles igualmente limitados y mezquinos; y se decidirá por el mal menor, que es la única forma en que, de tanto en tanto, puede expresar su voluntad. Y tendrá razón, pues no se le dejará ninguna otra alternativa fuera de la opción.

Hoy nuevamente se pretende embarcarnos a los peronistas en esa aventura remanida que implica firmar un cheque en blanco en favor de quienes hoy muy democráticos desde el llano, nos han demostrado una y otra vez, y con nuestro concurso mediante lo volverán a hacer, que son en efecto muy "democráticos", y que por tanto nada tienen que vez con nosotros, las mayorías populares, el inculto aluvión zoológico, capaz de hacer tambalear con su embate sus torpes utopías liberales y reaccionarias.

Ocurrió con Frondizi, ocurrió con Illía, se quiere ahora, según el burócrata con el que hablemos que ocurra nuevamente, con Frondizi o con los radicales del pueblo. Y a esta política miope y traidora, a esta política de enajenación de las propias fuerzas a finalidades ajenas y contrarias a los populares es a la que hay que poner fin. La alianza con grupos o sectores de las clases dominantes para aprovechar y agudizar las contradicciones in-

ternas del régimen solamente puede ser concebida como un recurso excepcional, de orden secundario, como una mera variante táctica subordinada a los objetivos generales de lucha por la liberación nacional. Vemos hoy, por el contrario, que la mayor parte de nuestros dirigentes político-sindicales, como portavoces conscientes o no de la ideología del enemigo, asumen esas alianzas como si fuesen la clave de solución para el drama nacional. Pero no es de políticos gastados ni de salvadores espadones de turno de donde debemos esperar la salida sino de nuestra propia lucha y de nuestra propia sangre.

Por consiguiente, a todos los argumentos que podríamos esgrimir en favor de la acción revolucionaria concebida como un proyecto a corto plazo, se agrega ahora este otro:

HAY QUE ACTUAR CON OTRO OBJETIVO MAS EN VISTA, QUE SE CUMPLE CON LA SOLA INICIACION DE UN PROCESO REVOLUCIONARIO: HACER QUE ESTE PASO INNECESARIO DEL REGIMEN HACIA LA DICTADURA MILITAR SEA IRREVERSIBLE.

PORQUE PARA NOSOTROS HA COMENZADO LA ULTIMA ETAPA DEL PROCESO ARGENTINO. No implica eso un prejujuamiento sobre su duración. Cualquiera sea ésta, cualitativamente se llegó a la última etapa. **LA ALTERNATIVA DEJA DE SER ENTRE LA DICTADURA VIOLENTA O DICTADURA ENCUBIERTA EN LA SEMIDEMOCRACIA; DE AHORA EN MAS ES: O REGIMEN DICTATORIAL BURGUES-IMPERIALISTA O GOBIERNO REVOLUCIONARIO DE LAS MASAS, MEDIANTE EL TRIUNFO DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA.**

3. El cuadro de la situación obliga a definir los planes de iniciación de la lucha revolucionaria.

Ante las circunstancias nuevas, la organización de la izquierda argentina ya no puede realizarse con miras a una acción que aprovechando una coyuntura favorable, pudiera iniciarse para hacer detonar todas las contradicciones violentas de la sociedad argentina, nutriendo así su propio desarrollo.

Ahora la coyuntura favorable es permanente, y se agrega a la urgencia de cerrar el camino de repliegue al régimen **E IMPEDIRLE QUE RETOME LA CADENCIA ANTERIOR** de los ciclos alternativos de dictadura militar directa y de gobiernos institucionalizados por el frente proscriptivo.

Aún con el criterio concreto y restringido con que podían apreciarse por parte de algunos grupos o sectores las condiciones para el proceso revolucionario antes del golpe de junio, es evidente que esos criterios no pueden mantenerse hoy frente al actual contexto.

Así como el régimen ha saltado etapas al modificar su sistema político, debe obligar también a la izquierda revolucionaria a restringir etapas todo lo que sea posible en función de las condiciones propias y ajenas.

Lo que no es acatamiento es ahora subversión. La izquierda ha estado siempre subvertida, o al menos tratando de dar formas efectivas a esa subversión. Ahora solo puede tener forma efectiva.

Y la izquierda revolucionaria se ve forzada así a obligar al régimen a que acentúe sus aspectos represivos y violentos. De tal manera en la medida que la resistencia de la izquierda al régimen en su actual faz militar sea efectiva, la violencia fundante es que se asienta, como violencia potencial, ha de salir a la luz como violencia efectiva, pero también como síntoma de su crisis total, de su futura desintegración. Porque esa violencia del régimen, en su propia dinámica represiva, ha de provocar a su vez a muchos pasivos, y pisoteará las esperanzas falsas —lógicas cuando la gente se siente impotente frente al monopolio de la coerción.

Probablemente, los revolucionarios que inicien este proceso serán denunciados como los típicos “provocadores” que causan tantos perjuicios a las “actividades democráticas” (como las campañas financieras y las cooperativas). Y ya que estamos: la lógica de los “no-aventureros” no nos parece tan clara como ellos pretenden: salvo que las clases dominantes se suiciden (y no recordamos ningún caso), hay que echarlas de su posición hegemónica, y eso sólo es posible mediante la fuerza.

Y si cualquier “marxista” nos dice que está de acuerdo con esa premisa, se contradice cuando pone como objetivo permanente de la acción concreta, el mantenimiento de la seguridad para la vida de libertad, etc., dentro del orden burgués. Los burgueses no quieren hacer daño a nadie ni violar su propia Constitución, sino disfrutar de la plusvalía: empecemos por no oponernos al disfrute de sus privilegios y ningún policía ni soldado nos hará el menor daño, nadie caerá injustamente, etc.

El argumento en contra lo conocemos: la violencia revolucionaria no es objetable, pero para emplearla deben de existir ciertas condiciones, en el medio ambiente y en la forma de su

empleo, que la diferencien de la “provocación” y la “aventura”. De acuerdo pero: ¿quién fija esas condiciones? ¿Los que detentan el monopolio de Lenin, Marx, de la filosofía marxista, de la “representación del proletariado”? Nosotros no tenemos, lo confesamos, mucha confianza en esos sabios de la historia que nos adelantan el final pero nunca entienden lo que pasó ayer o está pasando ahora. Y: ¿cómo saben que no hay condiciones? El criterio para el fallo es también característico: los revolucionarios toman el poder, son Lenin, antes Mao, tal vez Fidel Castro; los aventureros fracasan, mueren, van presos. No nos parece un criterio muy marxista de análisis; más bien creemos que lo enunció Maquiavelo. Pero no es eso lo más grave, sino ¿cómo se sabe de antemano si la intentona será destinada a la cárcel o a la gloria? Contra los que importen sabiduría canónica, el que LUCHA apuesta en favor de la revolución y de su empresa; y apuesta lo más valioso que tiene como persona, su vida, única e irremplazable. El análisis de los “científicos” se vuelve una simple lectura de datos sin misterio: ellos aciertan siempre, porque aciertan con Ho Chi Min, con Fidel Castro o con Lenin, es decir, se apropian de los aciertos ajenos. Acertar con Fidel Castro es intentar lo que él intentó, seguir el camino que él abrió. En último caso siempre es preferible ser derrotado o muerto con el Che Guevara, que acertar y triunfar con Vittorio Codovilla. Sobre todo, mucho más alegre.

¿Con quiénes se hará la Revolución entonces? Con los miles de revolucionarios potenciales que hay en la masa, pero que surgirán una vez que la Revolución comience a vislumbrarse como posibilidad efectiva. No podría ser de otra manera, porque la masa está formada por hombres que no van a emprender, porque algún sabio teórico se lo diga, un camino de sacrificios y penurias poniendo en juego hasta su propia vida. No se podría pensar cuerdamente que actuaran de otra manera. Luego, cuando la revolución es dura —pero no imposible y descabellada—, allí estarán las canteras de las que se nutrirá el proceso liberador. Lo que nos merece otro juicio, y contribuye realmente a dificultar lo que es arduo de sobra por sí mismo, es la actitud de los que se proclaman revolucionarios y desde su pedestal proyectan a “las condiciones” su propia incapacidad, acumulan sus miedos para que pasen por sentido común y por justificación de la inacción. No se contentan con “no ver” la estrategia y la táctica revolucionaria en la Argentina —lo que no es reprochable ni ilógico en las actuales circunstancias sino que la duda (real en una aleación con el miedo), se elabora como principio teórico que pasa a ser un dogma de la izquierda; oportunamente se

desintegrará y volverá a la nada de donde surgió pero es ahora cuando constituye un factor, una condición —o como se llame— “objetiva” del panorama argentino en materia de lucha revolucionaria. Y es por lo tanto una condición más a cambiar, una de las primeras, a través de la efectiva acción revolucionaria.

LA POSIBILIDAD DE LA LUCHA REVOLUCIONARIA SOLO PUEDE DEMOSTRARSE A TRAVES DE LA LUCHA REVOLUCIONARIA.

No conocemos ningún análisis serio, desde nuestra modesta opinión, que invalide la interpretación de la realidad argentina que hemos expuesto en estas páginas y en que se base la praxis de ACCION REVOLUCIONARIA PERONISTA. En cuanto a la práctica concreta que preconizamos es allí donde se nos refuta con un Niágara de razones teóricas o técnicas. Pero ninguno de esos teóricos ha liberado o intenta liberar país alguno. Todos se reservan para epopeyas lejanamente gloriosas y seguras.

La razón de nuestra línea sólo puede demostrarse, a escala de las masas, por su aplicación exitosa. En cambio nuestro fracaso que tendría efectos negativos sobre los juicios que se forme la gente respecto a nuestros métodos de lucha, no les daría la razón a nuestros críticos: ellos lo computarán como un fruto de su propia sabiduría, pero podría deberse a fallas concretas de nuestra acción o a cualquier factor de la contingencia y no a errores de concepción.

Además, negar el camino que nosotros elegimos, no aporta nada al problema de la toma del poder; a menos que opongan otro más correcto, o sea que en la práctica se haya demostrado como tal. Y nos apresuramos a aclarar que, lo que en algún párrafo hemos llamado “nuestra concepción estratégica” dista de ser una elaboración conceptual que involucre todo el proceso de la lucha revolucionaria: no nos preocupa la representación conjetural de cómo se desarrollarán sus etapas superiores y últimas y cómo pasaremos a ellas. Nos preocupan sí, la cantidad de incógnitas, problemas e interrogantes que nuestra práctica cotidiana nos plantea en relación a la etapa más inmediata de la acción revolucionaria a encarar. Conocemos bien el país, y al pueblo del que formamos parte. No conocemos en cambio la fórmula mágica e infalible para el triunfo revolucionario. Sí conocemos la fórmula de los fracasos en cadena, del desaliento, y el reflujo de las esperanzas y de la combatividad. Es el momento de superarlas. En esa tarea estamos y a esa tarea convocamos a los militantes con vocación revolucionaria.

INDICE

	PÁG.
Presentación	3
El Peronismo es el hecho maldito de la política del país burgués	5
Que es A. R. P.	13
La situación argentina obliga a replantear nuestra línea de acción	19

\$ 120.-

Ediciones A. R. P.